

FLORENTINO Y EL DIABLO

David Rodríguez

Hablar de esta película es quizás tratar sobre una de las más remotas significaciones míticas del pueblo venezolano. Por eso, pienso que la mejor manera de hacerlo, y que nos permita además ilustrar ciertos momentos relevantes de nuestra cinematografía, es mediante el uso de un lenguaje alegórico. Por tal razón, voy a permitirme narrarles una pequeña anécdota de esas tantas que sucedieron en los llanos venezolanos mientras se filmaba la película de *Florentino y el Diablo*.

Cuentan algunos, quienes estuvieron presentes en esa historia, que ese día de filmación fue sumamente duro para todos los que trabajaban en el rodaje y aunque recuerdan, que en general, la realización de la película fue bastante difícil debido al escaso presupuesto que manejaba la producción, deficiencia que lamentablemente se ha hecho habitual en la mayoría de nuestras películas, ese día, especialmente, la situación empeoró. Se requerían demasiados elementos para el rodaje: actores, extras, pobres que seguían al profeta, enfermos

que buscaban curación, llaneros que iban errantes por los caminos y, sobre todo, llaneros montados a caballo. claro, se rodaría una secuencia culminante de la película: «la masacre de los seguidores del profeta por la hueste diabólica del terrateniente Don Fernando». Para el rodaje, la producción logró recorrer todos los pueblitos y caseríos cercanos a Santa Inés de Barinas con el fin de traer la mayor cantidad de gente con rostros y actitudes cinematográficamente verosímiles para la escena.

Una vez en el sitio de rodaje, los lugareños, con fisonomías normales y corrientes, ahora en el papel de extras, estuvieron inmediatamente vestidos y maquillados a la usanza de la época y distribuidos a lo largo de toda la sabana, según puesta en escena, a la espera de la voz de comando del director. Todo recordaba al típico set de rodaje presto a iniciar la filmación. El director precisó las últimas indicaciones: primero daría el comando de acción a los jinetes y luego vendría el de la cámara y posteriormente al resto de los actores. La sabana se llenó del silencio de la espera. —¡«Acción»!, gritó el director, y fue entonces, cuando aquellos muchachos comunes de los llanos de Barinas, aún extras, comenzaron a galopar furiosamente sobre sus caballos y como un solo animal dispararon un torbellino de gritos y voces entremezclados con estruendos de galopes, de viento, de fuego y polvo de la sabana, formando una inmensa polvareda de donde se transformaron en auténticos llaneros lanceros de batalla. Cuentan, los que estuvieron presentes, que a medida que se acercaban, la sabana se transformó en una presencia viva inseparable de su gente que les erizaba los pelos. La atmósfera y los llaneros se cubrieron con un matiz de realidad telúrica de vida, llena de energía, que desplazaron el tiempo real y el suceso mismo cinematográfico para abrir ante los ojos de los presentes la esencia de un pueblo con pasado, con historia de vida, de verdad de lucha, de sacrificio, de amor, de poesía, de heroísmo. En ese momento, todos se olvidaron de la filmación y simplemente contemplaron la revelación fortuita de

los Dioses. Fue entonces, cuando se escuchó la voz ensimismada del director, ya también en el rol de espectador, quien dijo. Las palabras, si me permiten, las diré textualmente porque creo que son las que mejor expresan la emoción de ese momento:

-¡«Coño, cuando Bolívar tuvo que haber sido arrecho»!

No es para menos, a nuestro director se le olvidó dar la voz de «rueda cámara», y por tal motivo, la toma no se filmó. Se la robaron los Dioses.

Quizás, el hallazgo cinematográfico de *Florentino y el Diablo*, tiene que ver, seguramente, con esta anécdota, con ese algo mítico que se asomó en la sabana de Santa Inés de Barinas y que trajo del mundo de lo imperceptible ese cúmulo de emociones, sentimientos, pasiones, vivencias y recuerdos que subyacen para siempre en la memoria colectiva de nuestro pueblo. Si esto es así, es lógico pensar que en la película estuvieron presentes a través de la reminiscencia alegórica de los hombres y momentos de nuestra historia, manifestaciones permanentes de la tierra, de lo nuestro mujer, de lo nuestro hombre, de lo nuestro tradición, es decir «de nuestra venezolaneidad», que es en definitiva, eso que precisamente encanta de las imágenes de *Florentino y el Diablo*.

En ese orden de ideas, debemos reconocer que *Florentino y el Diablo* es otro eslabón de nuestra búsqueda por una «cinematografía venezolana» que vaya más allá de la suma cuantitativa de nombres de películas y de autores cinematográficos y, que además, ilumine el camino a una cinematografía que sepa interpretar estética y universalmente la compleja realidad histórica y contemporánea que brota ante los ojos del venezolano común en lo inconmensurable que va de lo elemental cotidiano hasta la esencia primaria de nuestro origen e identidad como pueblo.

Ese es el sentido y reto planteado ante el estado nacional y los cineastas venezolanos, el sentido de la «Venezolaneidad Cinematográfica», si me permiten la expresión, y con ella, no me estoy refiriendo ni al tipo de cine coloquial ni al que solamente simula o ilustra la realidad. No, nada más alejado de la verdad, más bien hago alusión a esos momentos lúcidos y penetrantes de la realidad que se han dado a través de nuestra accidentada cinematografía a lo largo de su historia, como es el caso de *Taboga*, *La balandra Isabel llegó esta tarde*, *País Portátil*, *El Pez que Fuma*, *Cuando quiero llorar no lloro*, *Soy un delincuente*, *Alias*, *el rey del joropo*, *Jericó*, *Oriana*, *Juan Vicente Gómez y su época*, y tantas otras que sería un listado interminable nombrarlas aquí. Hago alusión a la afinidad que caracteriza a estas producciones filmicas, a ese elemento coincidente en ellas, que de alguna manera, es el mismo que quise transmitir al narrarles la anécdota sucedida en el rodaje de *Florentino y el Diablo*: «a esa revelación inédita e irrepetible del espíritu del «Ser Venezolano» y de sus mundos vivenciales que se manifiestan a través de la imagen cinematográfica», la cual nos reconcilia y nos hermana con los demás pueblos iberoamericanos, debido a ese pasado indio, mestizo, negro, europeo común que nos origina y nos eleva tomados de la mano de nuestros grandes ideales Libertarios, Bolivarianos, Martianos y profundamente democráticos. Esta imagen que verán es una parte sencilla y profunda de nosotros y así queremos que nos recuerden.